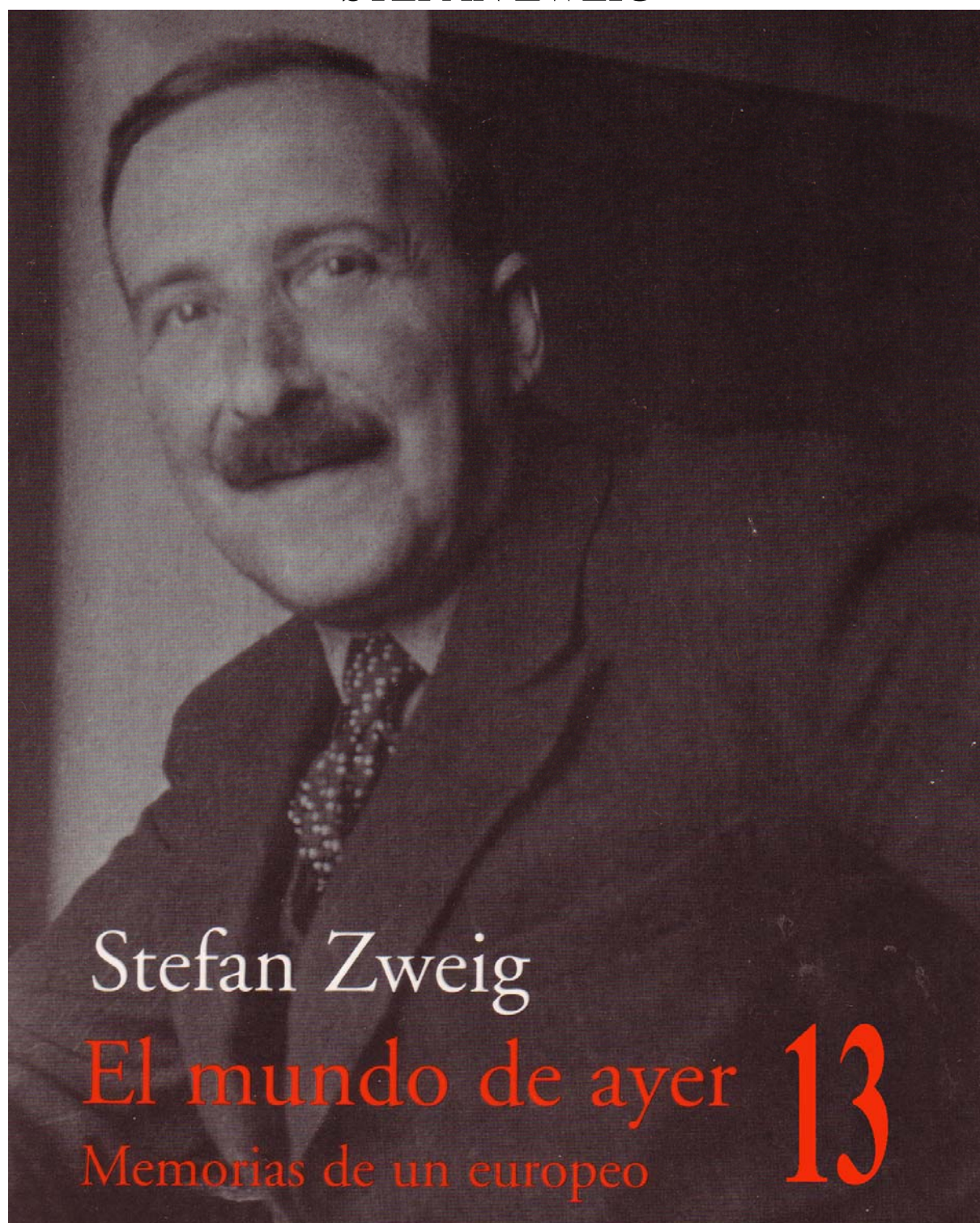


El mundo de ayer, Memorias de un europeo 13
STEFAN ZWEIG



Stefan Zweig

El mundo de ayer
Memorias de un europeo

13

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

REGRESO AL MUNDO

Pasé tres años, 1919, 1920 y 1921, los tres peores años de posguerra de Austria, enterrado en Salzburgo. A decir verdad ya había renunciado a la esperanza de volver a ver el mundo. Tras el cataclismo de la guerra, en el extranjero el odio a los alemanes y a todo aquel que escribiera en alemán, más la depreciación de nuestra moneda, arrojaban un balance tan catastrófico que uno se resignaba de antemano a pasar el resto de su vida atado a su pequeña esfera patria. Pero todo resultó mejor de lo que esperaba. La gente pudo volver a comer hasta la saciedad, a sentarse ante el escritorio sin ser molestado, no hubo saqueos ni revolución. La gente vivía, sentía correr la sangre por sus venas. Mirándolo bien, ¿no era una buena ocasión para volver a experimentar el placer de los años jóvenes y marcharse lejos?

Aún no había llegado el momento de pensar en grandes viajes. Pero Italia estaba cerca, sólo a ocho o diez horas de distancia. ¿Me atrevería? Al otro lado de la frontera me consideraban el «enemigo mortal», a pesar de que yo no me sentía como tal. ¿Era prudente arriesgarse al trance de ser rechazado con malos modos, de tener que pasar de largo de casa de viejos amigos para no ponerlos en un compromiso? Pues bien, sí me atreví y una tarde crucé la frontera.

Llegué a Verona al anoecer y me dirigí a un hotel. Me dieron un formulario de inscripción y me registré; el portero leyó la hoja y se asombró al ver en la casilla correspondiente a la nacionalidad la palabra *austriaco*.

-Lei é austriaco? -preguntó.

Ahora me enseñará la puerta de la calle, pensé. Pero, cuando le dije que sí, casi dio un salto de alegría: *-Ah, che piacere! Finalmente!*

Fue el primer saludo y una confirmación de la primera impresión, obtenida ya durante la guerra, de que toda la propaganda de odio e incitación sólo había provocado un breve acceso de fiebre intelectual pero que, en el fondo, no había afectado a las auténticas masas de Europa. Un cuarto de hora después ese mismo portero se presentó en mi habitación para comprobar si me habían atendido como era debido. Alabó entusiasmado mi italiano y nos despedimos con un cordial apretón de manos.

Al día siguiente estaba en Milán; de nuevo vi la catedral y me paseé por la *Galleria*. Era un alivio oír la querida música de las vocales italianas, orientarse con tanta seguridad por todas las calles y disfrutar del extranjero como de algo familiar. Al pasar a su lado, vi en un gran edificio el letrero *Corriere della Sera*. De repente me acordé de que en esa redacción tenía un cargo directivo mi amigo G. A. Borghese, aquel Borghese en cuya compañía-y junto con el conde Keyserling y Benno Geiger -había pasado tantas veladas, animadas por charlas intelectuales en Berlín y Viena. Era uno de los mejores y más apasionados escritores de Italia, ejercía una extraordinaria influencia sobre los jóvenes y, a pesar de ser el traductor de *Las tribulaciones del joven Werther* y un fanático de la filosofía alemana, durante la guerra había adoptado una posición decidida en contra de Alemania y Austria y, al lado de Mussolini (con quien más tarde se enemistó), había incitado a la guerra. Durante toda la contienda me había resultado extraño pensar que un viejo camarada se hallaba en el lado contrario como intervencionista; con tanta mayor ansia sentía ahora la necesidad de ver a este «enemigo». Así que le dejé mi tarjeta con la dirección del hotel anotada en el dorso. Pero todavía no había llegado al final de la escalera cuando noté que alguien se precipitaba detrás de mí con el rostro resplandeciente de alegría: era Borghese; al cabo de cinco minutos hablábamos con la misma cordialidad de siempre. También él había aprendido cosas de aquella guerra y, a pesar de pertenecer a orillas diferentes, nos encontrábamos más cerca que nunca.

Lo mismo ocurrió en todas partes. Andando yo por una calle de Florencia, mi viejo amigo Albert Stringa se me echó al cuello y me abrazó con tanta fuerza y brusquedad que mi mujer, que iba conmigo y no lo conocía, pensó que aquel desconocido con barba quería atentar contra mí. Todo era como antes. No: todavía era más cordial. Volvía a respirar: la guerra estaba enterrada, la guerra había pasado.

Pero no había pasado. Sólo que nosotros no lo sabíamos. Todos nos engañábamos con nuestra buena fe y confundíamos nuestra buena disposición personal con - la del mundo. Pero no debemos avergonzarnos de ese error, pues no menos que nosotros se engañaron políticos, economistas y banqueros que confundieron la engañosa coyuntura de aquellos años con un saneamiento económico y el cansancio con la pacificación. En realidad la lucha no había hecho otra cosa que desplazarse del campo nacional al social; y ya en los primeros días fui testigo de una escena que sólo más tarde comprendí en todo su alcance. En Austria, de la política italiana no sabíamos más que, con el desencanto de después de la guerra, en el país habían penetrado tendencias marcadamente socialistas e incluso bolchevistas. En todas las paredes se podía leer *Viva Lenin* garabateado con trazos chapuceros y escrito con carbón o yeso. Además, se decía que uno de los líderes socialistas, llamado Mussolini, había abandonado el partido durante la guerra para organizar algún grupo de signo contrario. Pero la gente recibía esas informaciones con indiferencia. ¿Qué importancia podía tener un grupúsculo como aquél? En todos los países existían camarillas parecidas: en el Báltico, los guerrilleros desfilaban de aquí para allá; en Renania y Baviera se formaban grupos separatistas; por doquier había manifestaciones y golpes de Estado que casi siempre terminaban sofocados. Y a nadie se le ocurría pensar que aquellos «fascistas», que en vez de las camisas rojas garibaldinas las llevaban negras, podían convertirse en un factor esencial del futuro desarrollo de Europa.

Pero en Venecia la palabra «fascista» adquirió de repente para mí un contenido tangible. Llegué de Milán a la querida ciudad de los canales por la tarde. No había ni un solo mozo de cuerda disponible, ni una góndola; trabajadores y ferroviarios estaban sin hacer nada, con las manos en los bolsillos en señal de protesta. Como llevaba dos maletas bastante pesadas, miré a mi alrededor en busca de ayuda y pregunté a un hombre mayor dónde podía encontrar a algún mozo.

-Ha llegado usted en mal día, señor-contestó en tono de lamentación-. Otra vez huelga general.

Yo no sabía por qué había huelga, pero no hice más preguntas. Estábamos ya demasiado acostumbrados a tales cosas en Austria, donde los socialistas, con excesiva frecuencia para fatalidad suya, habían utilizado este drástico método para después no sacar de él ningún provecho práctico. De modo que tuve que seguir con las maletas a cuestas hasta que vi a un gondolero que desde un canal lateral me hacía señales apresuradas y furtivas y luego me admitió a bordo con mis dos maletas. Al cabo de media hora estábamos en el hotel, después de haber pasado por delante de unos cuantos puños levantados en contra del esquírol. Con la naturalidad que confiere una vieja costumbre, fui de inmediato a la plaza de San Marcos. Parecía extrañamente desierta. Las persianas de la mayoría de los comercios estaban bajadas, no había nadie en los cafés, sólo se veía una gran multitud de obreros que formaban pequeños grupos bajo las arcadas como quien espera algo especial. Yo esperé con ellos. Y llegó de repente. De una calle lateral salió desfilando o, mejor dicho, corriendo con paso ligero y acompasado, un grupo de jóvenes en formación perfecta que, con un ritmo ensayado, cantaban una canción cuyo texto yo desconocía. Más tarde supe que se trataba de la *Giovinetta*. Con su paso redoblado habían cruzado ya la plaza, blandiendo bastones, antes de que los obreros, cien veces superiores en número, tuvieran tiempo de lanzarse sobre el adversario. La osada y francamente arrojada marcha de aquel pequeño grupo organizado se había efectuado con tanta celeridad, que los otros no se dieron cuenta de la provocación hasta que sus enemigos ya

estaban fuera de su alcance. Se agruparon enfurecidos y con los puños cerrados, pero ya era demasiado tarde, no podían atrapar a la pequeña tropa de asalto.

Las impresiones ópticas siempre tienen algo convincente. Por primera vez, supe entonces que aquel fascismo legendario, del cual tan poco sabía yo, era real, que era algo muy bien dirigido, capaz de atraer a jóvenes decididos y osados y de convertirlos en fanáticos. A partir de entonces ya no pude compartir la opinión de mis amigos de Florencia y Roma, mayores en edad, que con un despectivo encogimiento de hombros rechazaban a esos jóvenes diciendo que eran una «banda a sueldo» y se burlaban de su *Fra Diavolo*. Por curiosidad compré algunos números del *Popolo d'Italia* y, en el estilo de Mussolini, penetrante, plástico y de concisión latina, encontré en ellos la misma firme resolución que había visto en el desfile al trote de aquellos jóvenes en la plaza de San Marcos. Desde luego no podía sospechar cuáles serían las dimensiones que tomaría aquella confrontación al cabo de un año. Pero a partir de aquel momento supe que allí-y en todas partes-una nueva lucha era inminente y que nuestra paz no era *la paz*.

Para mí fue el primer aviso de que, bajo una superficie aparentemente tranquila, peligrosas corrientes subterráneas recorrían Europa. No tardó mucho en llegar un segundo aviso. Incitado de nuevo por el deseo de viajar, había decidido irme en verano a Westerland, a orillas del mar del Norte alemán. Para un austríaco visitar Alemania entonces conservaba todavía algo de reconfortante. El marco se había mantenido espléndidamente fuerte frente a nuestra debilitada corona; la convalecencia parecía ir por buen camino. Los trenes llegaban puntuales, los hoteles estaban limpios y aseados; a ambos lados de las vías, por todas partes se levantaban casas y fábricas nuevas; en todas partes reinaba el impecable y silencioso orden que odiábamos antes de la guerra y que, en medio del caos, habíamos llegado a amar. Es verdad que se respiraba una cierta tensión, porque el país entero esperaba a ver si las negociaciones de Génova y de Rapallo (las primeras en que participaba Alemania al lado de las potencias antes enemigas y con los mismos derechos) traerían consigo el anhelado alivio de las cargas de guerra o, por los menos, un tímido gesto de aproximación. El conductor de estas negociaciones, tan memorables en la historia de Europa, no era otro que mi viejo amigo Rathenau. Su genial instinto organizador ya lo había acreditado de un modo excelente durante la guerra; desde el primer momento había descubierto el punto más débil de la economía alemana (el mismo donde más adelante recibiría Alemania el golpe mortal): el suministro de materias primas, y oportunamente (también en eso se anticipó al tiempo) organizó toda la economía desde una administración central. Cuando, una vez terminada la guerra, se tuvo que buscar a un hombre *au pair* de los más sagaces y experimentados de entre sus adversarios, que se enfrentara a ellos como ministro de Asuntos Exteriores alemán, la elección, huelga decirlo, recayó en él.

Indeciso, le llamé por teléfono a Berlín. ¿Cómo osaba importunar a un hombre que estaba labrando el destino de la época?

-Sí, es difícil-me dijo por teléfono-. Ahora debo sacrificar también la amistad al deber.

Pero con su extraordinaria técnica de aprovechar cada minuto del día, en seguida encontró la manera de vernos. Tenía que dejar tarjetas de visita en distintas embajadas y, puesto que el trayecto hasta ellas desde Grunewald era de media hora en coche, me dijo que lo más fácil era que yo lo acompañara y charlaríamos por el camino. La verdad es que su capacidad de concentración, su magnífica facilidad para pasar de un tema a otro, eran tan perfectas que en cualquier momento, tanto en coche como en tren, era capaz de hablar con la misma precisión y profundidad que en su casa. Yo no quería dejar pasar aquella oportunidad y creo que a él también le hizo bien poder desahogarse con alguien que no tenía intereses políticos y con el que le unía una amistad personal desde hacía años. Fue

una conversación larga y puedo atestiguar que Rathenau, que no era en absoluto un hombre libre de vanidad, no había asumido a la ligera el cargo de ministro de Asuntos Exteriores alemán, y menos aún por afán de poder o impaciencia. Sabía de antemano que la misión era todavía imposible y que, en el mejor de los casos, podría regresar con un éxito parcial, con unas cuantas concesiones sin importancia, pero que todavía no era de esperar una paz verdadera, una generosa deferencia.

-Dentro de diez años quizá-me dijo-, suponiendo que les vaya mal a todos y no sólo a nosotros. Primero tiene que desaparecer de la diplomacia la vieja generación y es preciso que los generales se limiten a hacer de estatuas mudas en las plazas públicas.

Era plenamente consciente de su doble responsabilidad a causa del inconveniente de ser judío. Quizá pocas veces en la historia un hombre haya acometido una labor con tanto escepticismo y tantos escrúpulos, dándose cuenta de que sólo el tiempo, y no él, podía llevarla a cabo, y a sabiendas del peligro personal que corría. Desde el asesinato de Erzberger, que había aceptado el enojoso deber del armisticio (del que se había escabullido Ludendorff huyendo al extranjero), no tenía motivos para dudar de que, como paladín de un entendimiento entre los países, le esperaba un destino parecido. Ahora bien, soltero, sin hijos y, en el fondo, solitario como era, creía que no tenía por qué temer al peligro; y yo tuve ánimos para aconsejarle prudencia. Hoy es un hecho histórico que Rathenau cumplió su misión en Rapallo tan espléndidamente como se lo permitieron las circunstancias del momento. Su brillante talento para captar con rapidez el momento oportuno, sus cualidades de hombre de mundo y su prestigio personal nunca se acreditaron con tanto esplendor. Pero en el país ya empezaban a cobrar fuerza grupos que sabían que tendrían auditorio sólo a fuerza de asegurar al pueblo vencido que en realidad no había sido vencido y que toda negociación y concesión eran una traición al país. Las sociedades secretas-saturadas de homosexuales-ya eran más poderosas de lo que sospechaban los dirigentes de la República de entonces, los cuales, consecuentes con su idea de libertad, dejaban las manos libres a todos aquellos que querían suprimir para siempre la libertad en Alemania.

Me despedí de Rathenau delante del ministerio sin sospechar que era nuestro adiós definitivo. Más adelante reconocí por las fotografías que la calle por la que habíamos ido juntos era la misma en que poco tiempo después los asesinos habían acechado el mismo coche: fue una verdadera casualidad que yo no fuese testigo de aquella escena funestamente histórica. De ese modo pude vivir con más emoción y con una impresión más fuerte de los sentidos el aciago episodio con que empezó la tragedia de Alemania, la tragedia de Europa.

Aquel día me hallaba ya en Westerland, donde cientos y cientos de veraneantes se bañaban alegremente en la playa. También tocaba una banda de música-como el día en que anunciaron el asesinato de Francisco Fernando-ante gente de vacaciones, despreocupada, cuando los vendedores de periódicos entraron corriendo en el paseo como albatros blancos y gritando: «¡Walther Rathenau, asesinado!» Estalló el pánico y todo el imperio se estremeció. El marco cayó en picado y no se detuvo en su caída hasta que alcanzó la fantástica y terrorífica cifra de billones. Fue entonces cuando empezó el auténtico aquelarre de la inflación, en comparación con la cual la nuestra, la de Austria, con su absurda relación de una corona vieja por quince mil nuevas, aparecía como un triste juego de niños. Contarla con todos sus detalles y todas sus inverosimilitudes requeriría un libro entero y ese libro parecería una fábula a la gente de hoy. Viví días en que por la mañana tenía que pagar cincuenta mil marcos por un periódico y, por la noche, cien mil; quien tenía que cambiar moneda extranjera repartía la operación en horas diferentes, porque a las cuatro recibía multiplicada por x la suma que le habían dado a las tres, y a las cinco obtenía de nuevo un múltiplo de la que había recibido sesenta minutos antes. Yo, por ejemplo, envié a mi editor un manuscrito en que había estado trabajando un año y, para asegurarme,

le pedí por adelantado el pago correspondiente a diez mil ejemplares; cuando recibí el cheque, la cantidad apenas cubría el franqueo del paquete de una semana atrás; se pagaba el billete del tranvía con millones; hacían falta camiones para transportar billetes desde el Banco Nacional a los demás bancos y al cabo de una semana se encontraban billetes de cien mil marcos en las alcantarillas: los había tirado con menosprecio un pordiosero. Los cordones de zapato costaban más que antes un par de zapatos, no, qué digo, más que una zapatería de lujo con dos mil pares de zapatos; reparar una ventana rota costaba más que antes toda la casa; un libro, más que antes una imprenta con todas sus máquinas. Con cien dólares se podían comprar hileras de casas de seis pisos en la Kurfürstendamm; las fábricas no costaban más, al cambio del momento, que antes una carretilla. Unos adolescentes que habían encontrado una caja de jabón olvidada en el puerto se pasearon durante meses en automóvil y vivieron como reyes con sólo vender cada día una pastilla, mientras que sus padres, antes gente rica, andaban por las calles pidiendo limosna. Había repartidores que fundaban bancos y especulaban con todas las monedas extranjeras. Por encima de todos sobresalía la figura gigantesca del más grande de los aprovechados: Stinnes. A base de ampliar su crédito beneficiándose de la caída del marco, compraba todo cuanto se podía comprar: minas de carbón y barcos, fábricas y paquetes de acciones, castillos y fincas rústicas, y todo ello, en realidad, con nada, pues cada importe, cada deuda, se convertía en cero. Pronto fue suya la cuarta parte de Alemania y el pueblo alemán, que siempre se embriaga con el éxito ostentoso, perversamente lo aclamó como genio. Miles de parados deambulaban ociosos por las calles y levantaban el puño contra los estraperlistas y los extranjeros en sus automóviles de lujo que compraban una calle entera como si fuera una caja de cerillas; todo aquel que sabía leer y escribir traficaba, especulaba y ganaba dinero, a pesar de la sensación secreta de que todos se engañaban y eran engañados por una mano oculta que con premeditación ponía en escena aquel caos con el fin de liberar al Estado de sus deberes y obligaciones. Creo conocer bastante bien la historia, pero, que yo sepa, nunca se había producido una época de locura de proporciones tan enormes. Se habían alterado todos los valores, y no sólo los materiales; la gente se mofaba de los decretos del Estado, no respetaba la ética ni la moral, Berlín se convirtió en la Babel del mundo. Bares, locales de diversión y tabernas crecían como setas. Lo que habíamos visto en Austria resultó un tímido y suave prelude de aquel aquelarre, ya que los alemanes emplearon toda su vehemencia y capacidad de sistematización en la perversión. A lo largo de la Kurfürstendamm se paseaban jóvenes maquillados y con cinturas artificiales, y no todos eran profesionales; todos los bachilleres querían ganar algo, y en bares penumbrosos se veían secretarios de Estado e importantes financieros cortejando cariñosamente, sin ningún recato, a marineros borrachos. Ni la Roma de Suetonio había conocido unas orgías tales como lo fueron los bailes de travestís de Berlín, donde centenares de hombres vestidos de mujeres y de mujeres vestidas de hombres bailaban ante la mirada benévola de la policía. Con la decadencia de todos los valores, una especie de locura se apoderó precisamente de los círculos burgueses, hasta entonces firmes conservadores de su orden. Las muchachas se jactaban con orgullo de ser perversas; en cualquier escuela de Berlín se habría considerado un oprobio la sospecha de conservar la virginidad a los dieciséis años; todas querían poder explicar sus aventuras, y cuanto más exóticas mejor. Pero lo más importante de aquel patético erotismo era su tremenda falsedad. En el fondo, el culto orgiástico alemán que sobrevino con la inflación no era sino una febril imitación simiesca; se veía en aquellas muchachas de buenas familias burguesas que habrían preferido peinarse con una simple raya en medio antes que llevar el pelo alisado al estilo de los hombres y comer tarta de manzana con nata antes que beber aguardiente; por doquier se hacía evidente que a todo el mundo le resultaba insoportable aquella sobreexcitación, aquel enervante tormento diario en el potro de la inflación, como también era evidente que toda la nación, cansada de la guerra, en realidad anhelaba orden y sosiego, un poco de seguridad y de vida burguesa, y que en secreto odiaba a la República, no porque reprimiera esta libertad desordenada, sino,

al contrario, porque le aflojaba demasiado las riendas.

Quien vivió aquellos meses y años apocalípticos, hastiado y enfurecido, notaba que a la fuerza tenía que producirse una reacción, una reacción terrible. Y los que habían empujado al pueblo alemán a aquel caos ahora esperaban sonrientes en segundo término, reloj en mano: «Cuanto peor le vaya al país, tanto mejor para nosotros.» Sabían que llegaría su hora. La contrarrevolución empezaba ya a cristalizarse alrededor de Ludendorff, más que de Hitler, entonces todavía sin poder; los oficiales degradados se organizaban en sociedades secretas; los pequeños burgueses que se sentían estafados en sus ahorros se asociaron en silencio y se pusieron a la disposición de cualquier consigna que prometiera orden. Nada fue tan funesto para la República Alemana como su tentativa idealista de conceder libertad al pueblo e incluso a sus propios enemigos. Y es que el pueblo alemán, un pueblo de orden, no sabía qué hacer con la libertad y ya buscaba impaciente a aquellos que habrían de quitársela.

El día en que la inflación alemana llegó a su fin (1923) se hubiera podido producir un giro en la historia. Cuando, a toque de campana, cada billón de marcos engañosamente inflados se cambió por un solo marco nuevo, se estableció una norma. En efecto, la turbia espuma pronto reflujo con todo su lodo y suciedad; desaparecieron los bares y las tabernas, las relaciones se normalizaron, todo el mundo pudo calcular claramente cuánto había ganado o perdido. La mayoría, la gran masa, había perdido. Pero no se hizo responsables de ello a los que habían causado la guerra, sino a quienes con espíritu de sacrificio-y sin recibir las gracias por ello-habían cargado sobre sus hombros con el peso de la reorganización. Nada envenenó tanto al pueblo alemán-conviene tenerlo siempre presente en la memoria-, nada encendió tanto su odio y lo maduró tanto para el advenimiento de Hitler como la inflación. Porque la guerra, por horrible que hubiera sido, también había dado horas de júbilo con sus repiques de campanas y sus fanfarrias de victoria. Y como nación irremisiblemente militar, Alemania se sentía fortalecida en su orgullo por las victorias provisionales, mientras que con la inflación sólo se sentía ensuciada, engañada y envilecida; una generación entera no olvidó ni perdonó a la República Alemana aquellos años y prefirió llamar de nuevo a sus carniceros. Pero todo eso quedaba todavía lejos. En el año 1924, desde fuera parecía que la tumultuosa fantasmagoría había pasado como un baile de fuegos fatuos. Volvía a ser de día, se podía ver a dónde se iba y de dónde se venía. Y con el advenimiento del orden saludamos el comienzo de una calma duradera. Otra vez, una vez más, creíamos que la guerra había sido superada, necios incurables como habíamos sido siempre. Sin embargo, aquella ilusión engañosa nos aportó una década de trabajo, esperanza e incluso seguridad.

Vista desde hoy, la década entre los años 1924 y 1933, desde el fin de la inflación hasta la llegada de Hitler al poder, representa, a pesar de todo, una pausa en la serie de catástrofes de las que había sido testigo y víctima nuestra generación desde 1914. No digo que la época en cuestión careciera de tensiones, agitaciones y crisis (por ejemplo, y sobre todo, aquella crisis económica de 1929), pero durante aquellos años la paz parecía garantizada en Europa, y eso ya era mucho. Alemania había sido admitida con todos los honores en la Liga de las Naciones, se había fomentado con préstamos su reconstrucción económica (en realidad su rearme secreto), Inglaterra había reducido su armamento y la Italia de Mussolini había asumido la protección de Austria. Parecía que el mundo quería reconstruirse. París, Viena, Berlín, Nueva York, Roma, las ciudades tanto de los

vencedores como de los vencidos se hicieron más hermosas que nunca; el avión dio alas al transporte; se suavizaron las normas para la obtención del pasaporte. Habían cesado las oscilaciones entre las monedas, uno sabía cuánto ganaba y cuánto podía gastar, la atención de la gente ya no estaba tan febrilmente centrada en estos problemas superficiales. Uno podía volver a trabajar, podía concentrarse, pensar en cosas menos terrenales. Podía incluso volver a soñar y esperar una Europa unida. Por un momento-en aquellos diez años-pareció que nuestra generación, tantas veces puesta a prueba, podía volver a llevar una vida normal.

En mi vida personal lo más notable fue la llegada de un huésped que amistosamente se instaló en aquellos años en mi casa, un huésped que yo no había esperado: el éxito. Como el lector puede suponer, no me resulta muy grato mencionar el éxito público de mis libros y en una situación normal habría omitido cualquier referencia que pudiera parecer vanidad o fanfarronería. Pero tengo un derecho especial a no ocultar este hecho de la historia de mi vida, e incluso estoy obligado a revelarlo, porque desde hace siete años, desde la llegada de Hitler al poder, aquel éxito se ha convertido en histórico. De todos los miles e incluso millones de libros míos que ocupaban un lugar seguro en las librerías y en numerosos hogares, hoy, en Alemania, no es posible encontrar ni uno solo; quien conserva todavía alguno, lo guarda celosamente escondido y en las bibliotecas públicas los tienen encerrados en el llamado «armario de los venenos», sólo a disposición de los pocos que, con un permiso especial de las autoridades, los quieren utilizar «científicamente» (en la mayoría de los casos para insultar a sus autores). Desde hace tiempo ninguno de los lectores y amigos que me escribían se atreve ya a poner mi nombre proscrito en el sobre de una carta. Y no sólo eso: también en Francia, en Italia, en todos los países sometidos en este momento, donde mis libros, traducidos, figuraban entre los más leídos, están igualmente proscritos por orden de Hitler. Hoy por hoy, como escritor-según decía nuestro Grillparzer-soy alguien que «camina vivo detrás de su propio cadáver». Todo o casi todo lo que he construido en el ámbito internacional lo ha destruido este puño. De manera que, cuando menciono mi «éxito», no hablo de algo que me pertenece, sino de algo que me había pertenecido en otro tiempo, como la casa, la patria, la confianza en mí mismo, la libertad, la serenidad; por lo tanto, no podría dar una idea clara, en toda su profundidad y totalidad, de la caída que sufrí más tarde-junto con muchísimos otros, también inocentes-, si antes no mostrara la altura desde la que se produjo, ni el carácter único y las consecuencias del exterminio de toda nuestra generación literaria, del que en verdad no conozco otro ejemplo en la historia.

El éxito no me cayó de repente del cielo; llegó poco a poco, con cautela, pero duró, constante y fiel, hasta el momento en que Hitler me lo arrebató y lo expulsó con los latigazos de sus decretos. Fue aumentando de año en año. El primer libro que publiqué después de *Jeremías*, el primer volumen de mis *Constructores del mundo*, titulado *Tres maestros*, ya me había abierto el camino del éxito; los expresionistas, los activistas y los experimentalistas, habían hecho mutis, los pacientes y perseverantes volvían a tener despejado el camino hacia el pueblo. Mis narraciones cortas *Amok* y *Carta de una desconocida* se hicieron tan populares como, por regla general, sólo llegan a serlo las novelas; se pusieron en escena, se recitaron en público y fueron llevadas a la pantalla; un librito, *Momentos estelares de la humanidad-leído* en todas las escuelas-, en poco tiempo llegó a los, 2 5 00.000 ejemplares en la Biblioteca Insel; en pocos años me había creado lo que, en mi opinión, significa el éxito más valioso para un escritor: un público, un grupo fiel que siempre esperaba y compraba el siguiente libro, que me otorgaba su confianza y al que yo no podía defraudar. Se fue haciendo cada vez más y más numeroso; de cada libro que publicaba se vendían en Alemania veinte mil ejemplares en el primer día, aun antes de que se anunciara en los periódicos. A veces intentaba conscientemente rehuir el éxito, pero él me seguía con una tenacidad sorprendente. Por ejemplo, escribí un libro por el simple

placer de escribirlo: una biografía de Fouché; en cuanto lo recibió el editor, me escribió para decirme que haría imprimir inmediatamente diez mil ejemplares. A vuelta de correo le supliqué que no hiciera una tirada tan grande; le decía que Fouché no era un personaje simpático, que no aparecía ninguna mujer en el libro y que era imposible que atrajera a un número de lectores tan grande; era preferible que editara sólo cinco mil ejemplares para empezar. Al cabo de un año se habían vendido cincuenta mil en Alemania, la misma Alemania a la que hoy le está prohibido leer una sola línea mía. Algo parecido sucedió con la desconfianza en mí mismo, casi patológica, en el caso de la adaptación que hice del *Volpone*. Tenía la intención de escribir una versión en verso y en nueve días redacté un primer borrador en prosa de las diferentes escenas, en un lenguaje ligero y suelto. Casualmente el Teatro Real de Dresde, con el que me sentía moralmente obligado por el estreno de mi primera obra *Tersites*, me había preguntado en aquellos días si tenía nuevos proyectos, y les mandé la versión en prosa, disculpándome porque lo que les presentaba era sólo el primer esbozo de una futura adaptación en verso. Pero el Teatro me telegrafió acto seguido pidiéndome que por amor de Dios no cambiara nada. Y, de hecho, la obra recorrió después, en esta forma, todos los escenarios del mundo (en Nueva York en el *Theatre Guild*, con Alfred Lunt). Cualquier cosa que emprendía en aquellos años tenía el éxito asegurado y un público de lectores alemanes cada vez más numeroso.

Puesto que siempre he considerado que era mi deber investigar las causas de la influencia o de la falta de influencia sobre su tiempo de las obras o las figuras extranjeras que estudiaba como ensayista o biógrafo, no podía evitar preguntarme, a lo largo de muchas horas de reflexión, en qué especial virtud de mis libros se basaba realmente su éxito, para mí insospechado. En definitiva, creo que proviene de un defecto mío, a saber: que soy un lector impaciente y temperamental. En una novela, una biografía o un debate intelectual me irrita lo prolijo, lo ampuloso y todo lo vago y exaltado, poco claro e indefinido, todo lo que es superficial y retarda la lectura. Sólo un libro que no cese de mantener su nivel página tras página y me arrastre hasta el final de un tirón y sin dejarme tomar aliento me produce un placer completo. Nueve de cada diez libros que caen en mis manos los encuentro llenos de descripciones superfluas, de diálogos plagados de chachara y de personajes secundarios innecesarios; resultan demasiado extensos y, por lo tanto, demasiado poco interesantes, demasiado poco dinámicos. Incluso en las más famosas obras maestras de los clásicos me molestan los abundantes pasajes arenosos y monótonos, y muchas veces he expuesto a los editores el osado proyecto de publicar un día toda la literatura universal en una serie sinóptica, desde Homero hasta *La montaña mágica*, pasando por Balzac y Dostoievski, con cortes drásticos de pasajes superfluos concretos; entonces todas esas obras, que sin duda poseen un contenido intemporal, podrían volver a infundir vida a nuestra época.

Esta aversión a todo lo difuso y pesado tenía que transferirse necesariamente de la lectura de obras ajenas a la escritura de las propias e hizo que me acostumbrara a una vigilancia especial. En realidad escribir me resulta fácil y lo hago con fluidez; en la primera redacción de un libro dejo correr la pluma a su aire y fantaseo con todo lo que me dicta el corazón. Asimismo, cuando empiezo una obra biográfica, utilizo todos los detalles documentales imaginables que tengo a mi disposición; para una biografía como *María Antonieta* examiné realmente todas y cada una de las cuentas para comprobar sus gastos personales, estudié todos los periódicos y panfletos de la época y repasé todas las actas del proceso hasta la última línea. Pero en el libro impreso y publicado no se encuentra ni una sola línea de todo ello, porque, en cuanto termino de poner en limpio el primer borrador de un libro, empieza para mí el trabajo propiamente dicho, que consiste en condensar y componer, un trabajo del que nunca quedo suficientemente satisfecho de una versión a otra. Es un continuo deshacerse de lastre, un comprimir y aclarar constante de la arquitectura interior; mientras que, en su mayoría, los demás no saben decidirse a

guardarse algo que saben y, por una especie de pasión amorosa por cada línea lograda, pretenden mostrarse más prolijos y profundos de lo que son en realidad, mi ambición es la de saber siempre más de lo que se manifiesta hacia fuera.

Este proceso de condensación y a la vez de dramatización se repite luego una, dos o tres veces en las galeradas; finalmente se convierte en una especie de juego de cacería: descubrir una frase, incluso una palabra, cuya ausencia no disminuiría la precisión y a la vez aumentaría el ritmo. Entre mis quehaceres literarios, el de suprimir es en realidad el más divertido. Recuerdo una ocasión en la que me levanté del escritorio especialmente satisfecho del trabajo y mi mujer me dijo que tenía aspecto de haber llevado a cabo algo extraordinario. Y yo le contesté con orgullo:

-Sí, he logrado borrar otro párrafo entero y así hacer más rápida la transición.

De modo, pues, que si a veces alaban el ritmo arrebatador de mis libros, tengo que confesar que tal cualidad no nace de una fogosidad natural ni de una excitación interior, sino que sólo es fruto de este método sistemático mío que consiste en excluir en todo momento pausas superfluas y ruidos parásitos, y si algún arte conozco es el de saber renunciar, pues no lamento que, de mil páginas escritas, ochocientas vayan a parar a la papelera y sólo doscientas se conserven como quintaesencia. Si algo he aprendido hasta cierto punto de mis libros ha sido la severa disciplina de saber limitarme preferentemente a las formas más concisas, pero conservando siempre lo esencial, y me hizo muy feliz-a mí que desde el principio he tenido siempre una visión de las cosas europea, supranacional-que se dirigieran a mí también editores extranjeros: franceses, búlgaros, armenios, portugueses, argentinos, noruegos, letones, fineses y chinos. Pronto tuve que comprar un gran armario de pared para guardar los diferentes ejemplares de las traducciones, y un día leí en la estadística de la *Coopération Intellectuelle* de la Liga de las Naciones de Ginebra que en aquel momento yo era el autor más traducido del mundo (una vez más, y dada mi manera de ser, lo consideré una información incorrecta). En otra ocasión recibí una carta de mi editor ruso en la que me decía que deseaba publicar una edición completa de mis obras en ruso y me preguntaba si estaba de acuerdo con que Maxim Gorki escribiera el prólogo. ¿Que si estaba de acuerdo? De muchacho había leído las obras de Gorki bajo el banco de la escuela, lo amaba y admiraba desde hacía años. Pero no me imaginaba que él hubiera oído mi nombre y menos aún que hubiera leído nada mío, por no hablar de que a un maestro como él le pudiera parecer importante escribir un prólogo a mi obra. Y otro día se presentó en mi casa de Salzburgo un editor americano con una recomendación (como si la necesitara) y la propuesta de hacerse cargo del conjunto de mi obra para ir publicándola sucesivamente. Era Benjamin Huebsch, de la Viking Press, quien a partir de entonces ha sido para mí un amigo y un consejero de lo más fiable y que, cuando todo lo demás fue hollado y aplastado por las botas de Hitler, me conservó una última patria en la palabra, ya que yo había perdido la patria propiamente dicha, la vieja patria alemana, europea.

Semejante éxito público se prestaba peligrosamente a desconcertar a alguien que antes había creído más en sus buenos propósitos que en sus capacidades y en la eficacia de sus trabajos. Mirándolo bien, toda forma de publicidad significa un estorbo en el equilibrio natural del hombre. En una situación normal el nombre de una persona no es sino la capa que envuelve un cigarro: una placa de identidad, un objeto externo, casi insignificante, pegado al sujeto real, el auténtico, con no demasiada fuerza. En caso de éxito, ese nombre, por decirlo así, se hincha. Se despega de la persona que lo lleva y se convierte en una fuerza, un poder, algo independiente, una mercancía, un capital y, por otro lado, de rebote, en una fuerza interior que empieza a influir, dominar y transformar a la persona. Las naturalezas felices, arrogantes, suelen identificarse inconscientemente con el efecto que

producen en los demás. Un título, un cargo, una condecoración y, sobre todo, la publicidad de su nombre pueden originar en ellos una mayor seguridad, un amor propio más acentuado y llevarlos al convencimiento de que les corresponde un puesto especial e importante en la sociedad, en el Estado y en la época, y se hinchan para alcanzar con su persona el volumen que les correspondería de acuerdo con el eco que tienen externamente. Pero el que desconfía de sí mismo por naturaleza considera el éxito externo como una obligación de mantenerse lo más inalterado posible en tan difícil posición.

No quiero decir con ello que mi éxito no me alegrara. Todo lo contrario, me hacía muy feliz, pero sólo en la medida en que se limitaba al producto desgajado de mí, a mis libros y a la sombra de mi nombre, que estaba asociada a ellos. Era conmovedor ver casualmente a un pequeño bachiller entrar en una librería alemana y, sin reconocermelo, pedir los *Momentos estelares* y pagar el libro con sus escasos ahorros. Podía alimentar mi vanidad el que, en un coche cama, el revisor me devolviera respetuosamente el pasaporte después de haber visto en él el nombre o el que un aduanero italiano renunciara generosamente a registrar mi equipaje, agradecido por algún libro que había leído. También el aspecto puramente cuantitativo del eco personal tiene algo seductor para un escritor. Un día llegué a Leipzig. Por casualidad, fue justo el día en que comenzaba la distribución de un nuevo libro mío. Me impresionó sobremedida ver la cantidad de trabajo humano que sin darme cuenta había promovido con lo que había escrito durante tres o cuatro meses a lo largo de trescientas páginas de papel. Unos obreros ponían los libros en grandes cajas, otros las arrastraban entre ayes y quejidos a los camiones que, a su vez, los llevaban a los vagones con destino a todo el mundo. En la imprenta docenas de muchachas apilaban los pliegos; los cajistas, los encuadernadores, los expedidores, los comisionistas, trabajaban desde la mañana hasta la noche y si echaba cálculos, me imaginaba que con tantos libros, alineados como ladrillos, se podría construir toda una calle de la ciudad. Tampoco he menospreciado por orgullo las cosas materiales. Nunca. Durante los primeros años no me había ni atrevido a pensar que con mis libros podría ganar dinero o tal vez incluso vivir de los beneficios que generarían. Y ahora, de repente, me aportaban sumas imponentes, cada vez más cuantiosas, que parecía que me librarían para siempre- quién podía prever nuestra época?-de todas las preocupaciones. Podía entregarme generosamente a la vieja pasión de mi juventud: coleccionar obras autógrafas; y muchas de las más bellas y valiosas de esas magníficas reliquias hallaron en mi casa un refugio afectuosamente protector. A cambio de las obras que había escrito, bastante efímeras (aunque no en el sentido peyorativo de la palabra), podía conseguir manuscritos de obras inmortales: de Mozart, Bach y Beethoven, de Goethe y Balzac. Sería, pues, ridículo por mi parte pretender que el inesperado éxito público me había dejado indiferente o que quizás incluso lo rechazaba.

Pero soy sincero cuando digo que me alegré del éxito sólo en tanto que se refería a mis libros y a mi nombre literario y que, en cambio, me resultaba molesto cuando se traducían en curiosidad por mi persona física. Desde muy pequeño nada en mí había sido más fuerte que el deseo instintivo de ser libre e independiente. Y me di cuenta de que la publicidad fotográfica coarta y desfigura la libertad de muchas personas. Además, lo que había empezado como una afición amenazaba con tomar la forma de una profesión e incluso de una empresa. El correo me traía diariamente montones de cartas, invitaciones, citas y consultas a las que debía responder y, si me iba de viaje un mes, a la vuelta tenía que perder dos o tres días retirando-como quien quita nieve con una pala-la montaña de correspondencia acumulada y volver a poner en orden la «empresa». Sin querer, la comercialización de mis libros me había llevado a una especie de negocio que exigía orden, control, meticulosidad y habilidad para dirigirlo como es debido: un conjunto de virtudes muy respetable que por desgracia no se avenían con mi modo de ser y amenazaban muy peligrosamente mi pura y despreocupada actividad meditativa y soñadora. Por ello, cuanto más me pedían que participara en conferencias y asistiera a actos oficiales, más me retraía,

y nunca he podido superar ese temor casi patológico a tener que responder de mi nombre con mi persona. Todavía hoy una fuerza completamente instintiva me empuja a situarme en la última fila, la más discreta, de una sala, en un concierto o en un teatro, y nada me resulta más insoportable que el tener que exhibir mi rostro en una tarima o en cualquier otro lugar expuesto a la vista de un público; para mí el anonimato, en todas sus formas, es una necesidad. Ya de niño no alcanzaba a comprender a los escritores y artistas de la generación anterior que querían hacerse ver por la calle exhibiendo chaquetas de terciopelo y ondeantes cabelleras largas, con rizos caídos sobre la frente, como mis venerados amigos Arthur Schnitzler y Hermann Bahr, o con barbas y bigotes chillones e indumentarias extravagantes. Estoy convencido de que cualquier forma de dar a conocer el aspecto físico induce inconscientemente a la persona a vivir su propio «yo» como «el hombre del espejo», por utilizar la expresión de Werfel, a adoptar un cierto estilo en cada gesto, y con este cambio en la conducta exterior se suele perder la cordialidad, la libertad y la tranquilidad del carácter interior. Si ahora pudiera volver a empezar, trataría de saborear doblemente, como quien dice, esas dos situaciones afortunadas, la del éxito literario y la del anonimato personal, publicando mis obras con otro nombre, uno inventado, un seudónimo; porque si la vida ya de por sí es encantadora y llena de sorpresas, ¡cómo lo será una vida doble!